



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 13 de diciembre de 1978

Por qué viene el Señor

1. Por tercera vez ya en estos encuentros nuestros del miércoles vuelvo a tocar el tema del Adviento siguiendo el ritmo de la liturgia que nos introduce en la vida de la Iglesia del modo más sencillo y, a la vez, más profundo. El Concilio Vaticano II, que nos ha dado una doctrina rica y universal sobre la Iglesia, atrajo nuestra atención también hacia la liturgia. A través de ésta no sólo conocemos qué es la Iglesia, sino que experimentamos día a día de qué vive. También nosotros vivimos de ella, pues somos Iglesia: “La liturgia... contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina” (*Sacrosanctum Concilium*, 2).

La Iglesia ahora está viviendo el Adviento, y por ello nuestros encuentros del miércoles se centran en este período litúrgico. Adviento significa “venida”. Para penetrar en la realidad del Adviento, hasta ahora hemos procurado mirar en dirección de *quién* es el que viene y *para quién* viene. Hemos hablado, por tanto, de un Dios que al crear el mundo se revela a Sí mismo: un Dios Creador. Y el miércoles pasado hablamos del hombre. Hoy seguiremos adelante para hallar respuesta más completa a la pregunta: *por qué* el “Adviento”, por qué viene Dios, por qué quiere venir hasta el hombre.

La liturgia del Adviento se funda principalmente en textos de los Profetas del Antiguo Testamento. En ella habla casi todos los días el Profeta Isaías. En la historia del Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, él era un “intérprete” particular de la promesa que este pueblo había recibido de Dios

hacía tiempo en la persona del fundador de su estirpe: Abraham. Como todos los demás profetas, y quizá más que todos, Isaías reforzaba en sus contemporáneos la fe en las promesas de Dios confirmadas por la Alianza al pie del Monte Sinaí. Inculcaba sobre todo perseverancia en la expectación y fidelidad: “Pueblo de Sión, el Señor vendrá a salvar a los pueblos y hará oír su voz majestuosa para dar gozo a vuestro corazón” (cf. *Is* 30, 19. 30).

Cuando Cristo estaba en el mundo aludió una y otra vez a las palabras de Isaías. Decía claramente: “Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír” (*Lc* 4, 21).

2. La liturgia del Adviento es de carácter histórico. La expectación de la venida del Ungido (Mesías) fue un proceso histórico. De hecho impregnó toda la historia de Israel, que fue elegido precisamente para preparar la venida del Salvador.

Pero en cierto modo nuestras consideraciones van más allá de la liturgia diaria del Adviento. Volvamos pues a la pregunta fundamental: ¿Por qué viene Dios? ¿Por qué quiere venir hasta el hombre, hasta la humanidad? Busquemos respuestas adecuadas a estas preguntas; y busquémoslas en los orígenes mismos, es decir, antes de que comenzara la historia del pueblo elegido. Este año enfocamos la atención hacia los capítulos primeros del libro del Génesis. El Adviento “histórico” no sería inteligible sin la lectura cuidadosa y el análisis de esos capítulos.

Por tanto, buscando una respuesta a la pregunta ¿”por qué” el Adviento?, debemos volver a leer otra vez atentamente toda la descripción de la creación del mundo y, en particular, de la creación del hombre. Es significativo (y ya he tenido ocasión de aludir a ello) cómo cada uno de los días de la creación terminan constatando “vio Dios ser bueno”. Y después de la creación del hombre: “...vio ser muy bueno”. Como ya dije la semana pasada, esta constatación se enlaza con la bendición de la creación y, sobre todo, con la bendición explícita del hombre.

En toda esta descripción está ante nosotros un Dios que se complace en la verdad y en el bien, según la expresión de San Pablo (cf. *1 Cor* 13, 6). Allí donde está la alegría que brota del bien, allí está el amor. Y sólo donde hay amor, existe la alegría que procede del bien. El libro del Génesis, desde los primeros capítulos, nos revela a Dios que es amor (si bien esta expresión la utilizará San Juan mucho más tarde). Es amor porque goza con el bien. Por consiguiente, la creación es a la vez donación auténtica: donde hay amor, hay don.

El libro del Génesis señala el comienzo de la existencia del mundo y del hombre. Al interpretarla, debemos ciertamente construir, como lo ha hecho Santo Tomás de Aquino, una consiguiente filosofía del ser, filosofía en la que quedará expresado el orden mismo de la existencia. Sin embargo, el libro del Génesis habla de la creación como don. Al crear el mundo visible, Dios es el donante, y el hombre es el que recibe el don. Es aquel para quien Dios crea el mundo visible, aquel a quien Dios introduce desde los comienzos no sólo en el orden de la existencia, sino también en el orden de la donación. El hecho de que el hombre es “imagen y semejanza” de Dios

significa, entre otras cosas, que es capaz de recibir el don, que es sensible a este don y que es capaz de corresponder a él. Por esto precisamente establece Dios desde el principio con el hombre —y sólo con él— la alianza. El libro del Génesis nos revela no sólo el *orden* natural de la *existencia*, sino también, a la vez y desde el principio, el *orden* sobrenatural de la gracia. De la gracia podemos hablar sólo si admitimos la realidad del don. Recordemos el catecismo: la gracia es el don sobrenatural de Dios por el que llegamos a ser hijos de Dios y herederos del cielo.

3. ¿Qué relación tiene todo esto con el Adviento?, podemos preguntarnos con razón. Contesto: El Adviento se delineó por vez primera en el horizonte de la historia del hombre cuando Dios se reveló a Sí mismo como Aquel que se complace en el bien, que ama y da. En este don al hombre Dios no se limitó a “darle” el mundo visible —esto está claro desde el principio—, sino que al dar al hombre el mundo visible, Dios quiere darse también a Sí mismo, tal como el hombre es capaz de darse, tal como “se da a sí mismo” a otro hombre: de persona a persona, es decir, darse a Sí mismo a él, admitiéndolo a la participación en sus misterios o, mejor aún, a la participación en su vida. Esto se lleva a efecto de modo palpable en las relaciones familiares de marido y mujer, de padres e hijos. He aquí por qué los Profetas se refieren muy a menudo a tales relaciones para hacer ver la imagen auténtica de Dios.

El orden de la gracia es posible sólo “en el mundo de las personas”. Y se refiere al don que tiende siempre a la formación y comunión de las personas; de hecho, el libro del Génesis nos presenta tal donación. En él la forma de esta “comunión de personas” está delineada ya desde el principio. El hombre está llamado a la familiaridad con Dios, a la intimidad y amistad con Él. Dios quiere ser cercano a él. Quiere hacerle partícipe de sus designios. Quiere hacerle partícipe de su vida. Quiere hacerle feliz con su misma felicidad (con su mismo Ser).

Para todo ello es necesaria *la Venida de Dios* y la expectación del hombre, *la disponibilidad del hombre*.

Sabemos que el primer hombre, que disfrutaba de esta inocencia virginal y de particular cercanía de su Creador, no mostró tal disponibilidad. La primera alianza de Dios con el hombre quedó interrumpida. Pero nunca cesó de parte de Dios la voluntad de salvar al hombre. No se quebrantó el orden de la gracia y, por eso, el Adviento dura siempre.

La realidad del Adviento está expresada, entre otras, en las palabras siguientes de San Pablo: “*Dios... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*” (1 Tim 2, 4).

Este “Dios quiere”, es justamente el Adviento y se encuentra en la base de todo adviento.

Un saludo y un bendición particular a los enfermos aquí presentes y a cuantos sufren. Mi recuerdo se ensancha y llega a todos los lugares del mundo donde el dolor físico o moral atormenta y mortifica a seres humanos. Al seguir las noticias de cada día se encuentran dramas y sufrimientos que encogen el corazón. Hoy quisiera recordar en especial a los que están afligidos a causa de una forma de violencia que se ha hecho tan frecuente, por desgracia, en estos últimos tiempos: los secuestros. Es una plaga indigna de países civilizados que ha llegado desgraciadamente a formas de crueldad que dan horror. En el nombre de Dios suplico a los responsables que concedan libertad a quienes tienen secuestrados y les recuerdo que Dios es vindicador de las acciones de los hombres. Que el Señor les toque de verdad el corazón y haga que triunfe esa chispa de humanidad que no puede faltar en sus almas, dando conclusión plausible de este modo a un acto vivamente de-plorable.

Dedico después un saludo cordial y una felicitación sincera a los recién ca-sados que también hoy están presentes en gran número. El Señor bendiga vuestro amor, esté cerca de vosotros y os acompañe a lo largo del camino que habéis elegido para recorrerlo juntos baste la muerte.

(A los miembros de la "Academia Sixtina")

Deseo dirigir un saludo particular al señor cardenal Pietro Palazzini y a los miembros de la Academia Sixtina que le acompañan. Sé que mi amadísimo predecesor Pablo VI tuvo ocasión de manifestar el año pasado su estima hacia vuestra Asociación, fundada entonces. También yo me complazco en confirmar este sentimiento animándoos en vuestra actividad de investigación en torno a la gran figura del Papa Sixto V y, en general, de promoción cultural y humana en nombre y memoria de este ilustre Pontífice de la Iglesia Romana, admirado todavía hoy.